

Juan Poblete

Andrés Bello y la lectura: prácticas autoriales y lectoras en el espacio público americano¹

La biografía de Andrés Bello (Caracas 1781-Santiago 1865) puede ser leída, y de hecho ha sido frecuentemente leída y escrita, como la vida modélica de un varón ilustre. En ella se celebra a menudo la independencia y creatividad del espíritu respecto del cuerpo y las condiciones materiales. Más que un hombre, el Bello que la tradición hagiográfica ha presentado es el ejemplo de una mente sin rémoras físicas, una máquina intelectual devoradora de conocimientos y productora de ideas, códigos y propuestas de orden. Un autor y un lector sin cuerpo ni contexto. Esta dialéctica entre la razón y las condiciones materiales de su ejercicio, entre la crítica como lectura y escritura desapasionada en un espacio abstracto y la crítica como intervención en un campo concreto de fuerzas políticas y sociales, marca en rigor toda la trayectoria intelectual de Bello. En este trabajo quiero usar este eje para leer las ideas de Bello sobre la figura del autor y los lectores, la autoría y las lectorías.

1. Introducción

Bello llegó a Chile “en los últimos días de junio de 1829” procedente de Londres, según nos dice Miguel Luis Amunátegui en el *locus classicus* de las biografías de Bello (1962: 223).² A pesar de sus numerosas ocupaciones, la existencia de Bello en Londres había estado siempre atormentada por el fantasma de la pobreza. Lo que él quería era estabilidad laboral, profesional y económica, y para lograrlas estuvo dispuesto a mudarse a los confines del mundo. Éste es un hecho crucial para comprender su estado de ánimo y sus expectativas al llegar a

1 Este trabajo se reproduce gracias a la autorización del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI). Apareció originalmente en *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*, editado por Beatriz González-Stephan y Juan Poblete, Pittsburgh: IILI, 2009.

2 El *locus classicus* de las biografías de Bello es Miguel Luis Amunátegui (1962).

Chile a los 48 años de edad. En su primer año en el país, Bello vería con pavor desvanecerse, en la inestabilidad política chilena de 1829, lo que tanto había ansiado desde Londres: la tranquilidad de un empleo estable que le permitiera dedicarse debidamente a su familia y a sus estudios. Ser un buen padre, investigar, escribir y leer. Fue aquél un año que vio la sucesión de presidentes interinos, renunciaciones y retornos de Francisco Antonio Pinto y, finalmente, la guerra civil que terminó en el combate de Lircay (17 de abril de 1830) con la victoria de los insurgentes conservadores. Éstos, bajo el alero político del grupo de Diego Portales (estanqueros) en alianza con el partido conservador (pelucones) habrían de gobernar Chile con mano más que férrea a partir de 1831. Habiendo elegido el lado victorioso, Bello encontró, finalmente, el ambiente propicio a sus labores. Un ambiente si no de calma política total, al menos de seguridad personal que muy afanosamente había perseguido en sus años londinenses y del cual gozaría hasta su muerte en 1865. Antes de esta victoria, sin embargo, Bello se vio envuelto y se dejó enfrascar en una polémica pública con José Joaquín Mora (Cádiz 1783-Madrid 1864) quien, tras años de exilio en Londres, había llegado a Chile en febrero de 1828 contratado por el entonces presidente de la República, el liberal Francisco Antonio Pinto “para emplearse en objetos de utilidad pública” (Amunátegui 1988: 92). Al final de la polémica y a sólo unos meses de la batalla de Lircay, que decidió la pugna entre conservadores y liberales, la institución educacional que Mora dirigía fue cerrada y el español tuvo que abandonar el país. Bello, en cambio, pudo disfrutar, ahora sí, de una larga carrera pública en la cultura chilena. En el medio de la polémica, el 5 de junio de 1830, Bello había declarado:

¿Debía Ud, arrancarnos de nuestras pacíficas ocupaciones para hacernos parecer en un campo de batalla que no debe ser el nuestro? [...] ¿No es ya tiempo de procurar que se difunda la buena instrucción, en vez de concitar odios y fomentar enemistades? Sí, volvamos a más tranquilas ocupaciones, a aquella crítica más difícil sin duda, pero más cuerda, más urbana, y que se perdona tan fácilmente, a la crítica que se apoya en hechos y no en aserciones gratuitas, a la del hombre de bien, no a la del hombre sin principios (Bello 1982: 161).

Este Bello que había sido dis/locado parece lamentarse del tropo (desplazamiento) en que se había visto envuelto. Contraponía así la paz de sus ocupaciones específicas con la agitación apasionada que dominaba en el exterior. Demandaba la recuperación o mejor el (re)estableci-

miento de un interior en el que gobernara la mirada des/apasionada de la especialidad intelectual. Este Bello quería, finalmente, desandar el acercamiento contaminante y apasionado al que había sido expuesto, volver sobre sus pasos para restablecer así la distancia tranquilizadora que, aun dentro de la ciudad, lo separaba de lo que yacía más allá de los muros protectores de la disciplinaria, el aula y el gabinete de lectura. Reclamaba, de este modo, el mito de una mente sin rémoras físicas, funcionando en un espacio neutro. En la práctica social de la escritura y la lectura, sin embargo, las cosas eran mucho más concretas y, como era de esperarse, guardaban estrecha relación con los contextos sociopolíticos y culturales del Chile del segundo tercio del siglo XIX.

2. Autoría y autores

Aunque Bello desarrolla varios tipos de actividades en relación con el desarrollo de los campos de autoría y lectoría –por un lado, está la labor de alta especialización del hombre de ciencias (filólogo, cientista social, filósofo); por otro, la labor del estadista que se constituye en la voz y la letra del estado (jurisconsulto, funcionario a cargo de los mensajes presidenciales, censor); y, por último, existe también su actividad en campos que conectan los dos tipos anteriores (periodista, gramático, educador)– todos ellos están presididos por el apego a la razón y a la observación de los hechos, en un espíritu utilitario y americanista. En efecto, la utilidad a los americanos es el criterio fundamental que impulsa, organiza, y justifica toda la obra de Bello. Como veremos, este espíritu significa una transacción constante entre la posición universal de la verdad y la más concreta y localizada de la conveniencia, que se manifiesta, a menudo, como la traducción entre el contexto europeo y el americano o chileno. Se puede preguntar entonces, ¿qué conceptos y qué prácticas de autor y autoría operan en Andrés Bello? y ¿cuáles conceptos y prácticas de lector y lectoría? Una hipótesis de este trabajo será que Bello, como otros intelectuales americanos, aunque realizó múltiples e importantes trabajos originales, a menudo se vio a sí mismo como un activo traductor, como un reelaborador original de conocimientos y prácticas elaboradas primero, y principalmente, en Europa. De manera algo paradójica, sin embargo, esta relativa debilidad del *autor* americano y de la autoría intelectual

en el continente se manifiesta, en el reverso y necesariamente, como la fortaleza y actividad del *lector* americano. Si los autores producen poco que pueda llamarse original, la ingente actividad de quienes leen, sobre todo, lo que otros autores europeos producen, se expresa a su vez como una forma lectora de autoría. El lector americano entra en el espacio de la autoría, deviene autor de sus escritos, en la activa lectura y el comentario de los escritos del otro europeo. Es el lector que no acepta la pasividad posible de su posición y deviene activo en la actualización interpretativa de las potencialidades significativas de una idea trasladada de un contexto cultural, social y económico a otro.

En dos textos sobre derechos de autor de 1848, “Proyecto de ley de propiedad literaria” y “Derechos de autores”, Bello se aboca al tema que, no sorprendentemente, significa en el Chile de la época concentrarse especialmente en la diferencial calidad de autor de la que puedan gozar quienes traduzcan, sinteticen y/o adapten una obra extranjera. Bello señalaba, inicialmente, la necesidad de distinguir cuatro categorías de autor:

[...] autores originales, autores de obras que recopilen y refundan la materia esparcida en otras varias, adaptadores de obras ajenas, que hagan en ellas alteraciones calculadas para las circunstancias de nuestro país, y meros traductores (Bello 1984c: 715).

Pasa luego a concentrarse especialmente en el caso de los últimos tres pues en ellos “entran por lo común los autores de obras elementales, especie de trabajo que importa mucho estimular en nuestro país” (Bello 1984c: 713). No se puede simplemente traducir un texto preparado para un colegio europeo pues no hay casi aspectos de él que “no admitan útiles modificaciones y adiciones si se trata de aplicarlos a nuestra localidad, instituciones y demás circunstancias” (Bello 1984c: 713). Además, añade Bello —en un gesto característico de sus propuestas sociales, y que expresa tanto su pragmatismo para conseguir resultados como su necesidad retórica de incluir y calmar a menudo a los lectores ultraconservadores, para quienes cualquier cambio en la administración y control de los saberes y las legitimidades resultaba inquietante—:

Puede haber consideraciones gravísimas para que una obra extranjera, excelente bajo muchos respectos, no pueda adaptarse en todas sus partes. Se haría tal vez con ella un presente funesto a la juventud estudiosa, traduciéndola literalmente; al paso que, separando cuidadosamente las ideas

peligrosas e inadaptables, se lograría proporcionar a los alumnos de historia un buen libro, superior a todos los otros conocidos, para este objeto especial (Bello 1984c: 713).

El “objeto especial” del “adaptador americano” sería traducir no sólo lingüísticamente sino culturalmente. Ello supondría leer en el texto europeo la posibilidad de un texto americano. Ser capaz de ver en la obra original europea el potencial de la originalidad americana por la vía de la crítica selectiva, sintetizadora, y, en definitiva, transformadora y creadora de un lector americano. La autoría en el nuevo continente y en el Chile de su época, le aparecían a Bello y a muchos de sus contemporáneos, especialmente a quienes concentraban sus esfuerzos en el ámbito educativo, como la contracara necesaria de una actividad reflexiva fundamentalmente centrada en la lectura. El adaptador americano era un lector trabajando siempre sobre la distancia entre la letra y la idea, por un lado, y la realidad y lo concreto, por el otro.

La escritura y publicación de estos artículos son en sí mismas un índice de lo que comenzaba a ocurrir en Chile en materia de expansión de la cultura, tanto por la vía de la educación formal primero como, luego, por la vía más amplia de las publicaciones (periódicos, diarios, revistas y, finalmente, libros). Bello se creía obligado a dedicarse al tema porque

[h]a llegado el tiempo en que los derechos de los autores sobre las producciones que dan a la prensa, originales, modificadas o traducidas, reclaman una seria atención del Gobierno y de la legislatura (Bello 1984c: 707).

La necesidad surgía de la aparición, cuasi inédita en el medio nacional, de obras que llevaban la firma de autores chilenos, especialmente en el área de la educación: “Invocamos la atención de nuestros colegas a este asunto, que personalmente les concierne, y que interesa no poco al fomento de nuestra literatura naciente” (Bello 1984c: 708). El Consejo directivo de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, en efecto, se había enfrentado ya y se había de enfrentar repetidas veces en el futuro inmediato, a la difícil tarea de asignar una compensación pecuniaria frente a la publicación de una obra recientemente publicada (frecuentemente una traducción o adaptación), a partir de la cantidad y calidad de esas innovaciones adecuadoras del texto original al contexto chileno. En este momento clave del desarrollo inte-

lectual de Chile a mediados del siglo XIX, el autor nacional aparecía, sobre todo, bajo la figura más precisa del activo lector americano que, por la vía de la adaptación, síntesis y traducción, era capaz de producir, a partir de un texto europeo, nuevos espacios legibles, nuevas condiciones de legibilidad acordes con un contexto histórico-social específico.

3. Lectoría y lectores

Si pensamos en la realidad de la producción escrita, y por lo tanto, de la lectura en el Chile de las primeras décadas de vida independiente, digamos entre 1810 y 1840, veremos cuán escasos habían sido los libros chilenos y cuántos de los publicados en el país eran traducciones o reediciones de textos españoles, ingleses y franceses. Una mirada a la famosa *Estadística* de Manuel Briseño nos indica que los títulos originales chilenos son, hasta 1840, escasísimos. Según José Victorino Lastarria, hacia 1836 aún predominaban en las muy pocas librerías existentes en el país “los libros ascéticos y de antigua literatura española, [y] los muy usuales de derecho civil [...]” (Lastarria 1967: 43).

Incluso el periodismo nacional había sido extremadamente limitado. Muchos de los periódicos que se publicaron en Chile durante este período resultaban efímeros pasquines, que se agotaban cuando la necesidad política inmediata que les daba origen se desvanecía.

Pero todo eso empezaba a cambiar. Primero fue el aumento en la cantidad y variedad de libros importados circulantes en el mercado nacional. En un artículo de 1839 “Sobre el comercio de libros”, Bello constataba los comienzos de esta transformación:

Una muestra de que los adelantamientos en el cultivo de las letras van a la par de los que el país experimenta en su prosperidad industrial, es el incremento, mejor diremos el rápido vuelo, que ha tomado en estos últimos años el comercio de libros (Bello 1984g: 667).

Aunque auspiciosa, la transformación era insuficiente. Entendiendo a cabalidad la estrecha relación entre demanda lectora y circulación de libros, Bello asignaba la culpa no tanto a los libreros e importadores como a

[...] los lectores, a cuya demanda tienen aquéllos que acomodar necesariamente sus importaciones [...]. Si entrásemos a analizar este surtido [...]

—veríamos que— una parte considerable se compone de devocionarios anticuados, y de hagiografías escritas con poca crítica; obras más a propósito para dar pábulo a una superstición senil, que para nutrir la verdadera piedad con el aliento sustancioso de la moral evangélica (Bello 1984g: 668).

Domingo F. Sarmiento se quejaría algunos años después (1856) de esta misma incapacidad católica para generar una lectura viva y activa que despertara el interés real de sus lectores:

Para ser católico es necesario ante todo tener fe. El catolicismo lo dice. Para ser protestante es preciso *saber leer* para leer la Biblia. [...] ¿Cuál es el libro del católico? [...] ¡Nombradlo! [...] un libro enciclopedia, [...] un libro que sea cuento que interese, fantasía que exalte el espíritu, enigma que aguzé la inteligencia, poesía que remonte la imaginación [...]. Mostradme ese libro. —No existe. La Biblia existe así (Sarmiento 1887-1900, t. 45-46: 59-160).

Anticipando la famosa queja sarmientina, Bello agregaba: “Entre ellas [las obras efectivamente circulantes en el mercado nacional] son raras las Biblias, sin embargo de que el idioma castellano posee las admirables traducciones de Scio y de Amat” (Bello 1984g: 668). Lo que Bello criticaba con más ahínco era la posición tradicional y dominante en Chile de la Iglesia católica que buscaba mucho más el asentimiento de los cuerpos, especialmente pobres, que la participación en la fe por la vía de la adhesión racional. Una de las ausencias más notables en ese sentido en Chile era:

[...] la de aquella especie de devocionarios en que están trasladados al idioma vulgar los rezos y cánticos eclesiásticos [aun en latín en la misa], de manera que puedan los fieles entenderlos y unir sus oraciones y votos a los de la Iglesia... porque en verdad, ¿qué es la asistencia material [de los cuerpos], sin la comunión de pensamientos y afectos, que es el alma del culto público (Bello 1984g: 668)?

Continuando su diagnóstico del mercado de libros en el ámbito nacional Bello apuntaba: “Otro ramo principal en el surtido de libros, aunque sin duda menos copioso de lo que debería ser, es el de las obras elementales de literatura y de ciencias” y concluía:

Aun las obras de pura imaginación, que han sido en otras partes las que han empezado a despertar el gusto a la lectura, cuentan menos número de aficionados del que corresponde a la civilización del país (Bello 1984g: 670-671).

Cabe destacar en este cierre del panorama que Bello hace del mercado de libros en Chile, la forma en que aparece la lectura de obras de fic-

ción: son las últimas en ser nombradas y se las califica con el comentario de que “en otras partes” ellas son las que “han empezado” el gusto por la lectura. La anotación es importante pues conduce a uno de los rasgos distintivos del pensamiento bellista sobre la lectura. Contrariamente a Sarmiento para quien “[l]as novelas han educado a la mayoría de las naciones, y en los países católicos [europeos] ha[n] hecho la misma revolución que en los protestantes la Biblia” (Sarmiento 1887-1900, t. 45-46: 159-160), Bello no parece haber cifrado grandes esperanzas en esta posibilidad en Chile. De hecho, en al menos un momento clave, reseñando el desarrollo de la instrucción pública en el quinquenio 1844-1848, es decir justo en el período de las llamadas polémicas literarias de mediados de siglo, Bello, quien se queja de que en punto de corrección idiomática “la literatura chilena no está a la altura de la de otras Repúblicas americanas” (Bello 1984d: 56), presenta la siguiente descripción de las aficiones lectoras de los jóvenes educados de la época:

Prefiérese generalmente lo más moderno en las lecturas; y las obras francesas de nuestros días son exclusivamente el tipo de los escritores noveles [es decir, nuevos y novelescos]. Así es que se ven, demasiadas veces, al lado de la incorrección y la inexperiencia, disculpables en una literatura que ensaya sus primeros vuelos, el magisterio, la presunción, que es característica de una literatura de saciedad y refinamiento. Se me figura ver una hermosa joven, descalza y desgredada, y al mismo tiempo cubierta de afeites y de andrajos brillantes (Bello 1984d: 59-60).

Bello usa la imagen romántica y novelera de la joven hermosa y misteriosa para criticar duramente lo que, a sus ojos severos y clásicos, parece una mezcla indigesta de pretendida sofisticación y verdadera ignorancia manifiesta en novelas de gran éxito lector. Contra este pretencioso “culteranismo” Bello propone la lectura de los clásicos castellanos (Bello 1984d: 56).

La situación es casi una paradoja pues las novelas, en folletines católicos españoles o franceses, eran ya claramente hacia mediados del siglo XIX una de las formas de lectura más abundantes entre los lectores chilenos. En 1849, por ejemplo, sólo diez años después del artículo de Bello, Sarmiento describiría el mismo mercado chileno de los libros en los últimos años, señalando la existencia de cuatro o cinco tipos de libros: “los tratados elementales de educación”, “las novelas que se colectan de los folletines, de las cuales circulan ya en el país

millones de ejemplares”,³ “las obras serias que se imprimen bajo la protección del gobierno y que pocos leen, y uno que otro libro original”. El quinto tipo era el de “los que trae el comercio europeo” (Sarmiento, 1887-1900, t. 2: 335).

Ya hacia 1825, y aunque la fecha es temprana para pensar en novelas americanas no lo es para algunas de las europeas de Samuel Richardson o Walter Scott, cuando Bello tuvo la oportunidad de recomendar desde Londres una lista completa de textos que sería bueno adquirir para la ilustración de sus connacionales universitarios en Caracas, sólo incluyó las novelas de Cervantes (*Don Quijote* y las *Novelas Ejemplares*) entre las literarias. Esto a pesar de que Bello mismo había sido con seguridad un asiduo lector de las novelas de Walter Scott y Charles Dickens. Sabemos hoy que, a su muerte en el catálogo de su biblioteca personal, entre los más de dos mil volúmenes que llegó a acumular se encontraba “un número impresionante de novelas inglesas”: de Charles Dickens (prácticamente todo lo publicado entre 1836 y 1864), de William Thackeray (seis novelas) y de Sir Walter Scott (25 novelas) (Velleman 1995: 55).

Bello no fue nunca un adepto a la relación entre subjetividad popular y lectura de novelas nacionales que numerosos autores americanos, piénsese en Ignacio Manuel Altamirano y Alberto Blest Gana para nombrar a dos, establecieron luego. En tanto lector profesional, Bello se inclinaba mucho más a establecer una conexión entre poesía épica y nacionalidad, como lo demuestran sus estudios sobre *El Cid* y *La Araucana*. En tanto autor, por otra parte, Bello tendió más, como tantos otros autores hispanoamericanos de la generación de la Independencia y como resultado de su formación humanista clásica, hacia la poesía monumental y pública de la oda, que hacia la casi inmediata relación entre poesía y subjetividad personal a la que nos hemos acostumbrado tras el romanticismo. Y aunque escribió algunas celebradas, creativas y personales traducciones de poemas románticos de Víctor Hugo y otros, como en el poema “Oración por todos” en que usa al autor europeo para lamentar sentidamente la muerte de su hija, lo cierto es que el Bello poeta que más recordamos es, con justicia, el de la

3 Como apuntan Cánepa (1988: 25), y Subercaseaux (1993: 56), la referencia a millones de ejemplares de los folletines es sólo una exageración retórica destinada a enfatizar su efectiva popularidad.

“Alocución a la Poesía” y el de la “Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida”, sus dos silvas. De hecho, podría decirse que con cierta frecuencia, Bello se mofó de algunas de las preferencias poéticas de sus lectores y colegas contemporáneos. Hay, en este sentido, un par de composiciones particularmente importantes para mi propósito, que han sido descuidadas por la crítica. Se trata de dos extraordinarios poemas satíricos: “Diálogo entre la amable Isidora y un poeta del siglo pasado” (1846, publicado en 1848) y “La Moda” (escrito hacia 1846, publicado en 1882). La lectura de ambas composiciones nos brinda una de las descripciones más completas de la opinión de Bello sobre las prácticas escriturarias y lectoras de muchos de sus contemporáneos en Chile.

El “Diálogo” comienza con Isidora reclamándole al poeta un tributo poético “que tenga de lo nuevo y lo bonito”. Ante la sorpresa del poeta que le pide a Apolo le inspire “un soneto que el fino gusto de Isidora apruebe”, ésta responde: “¿Sonetos en el siglo XIX?”. El poeta estupefacto no sabe si podrá con su “tan estéril fantasía” satisfacerla. Isidora terminante señala: “Todo cuanto me digas es en vano/ En estas hojas [las del álbum], con tu propia mano/ algo que a los lectores interese,/ [...] has de escribir lo exijo” (Bello 1984b: 277-278). Queda así creada una escena que le permitirá a Bello en este texto y en su continuación en “La Moda” explorar, juguetonamente, cuestiones que estimaba muy serias. Se trata entre otras de: la corrupción del gusto por los salones literarios afrancesados en donde triunfa el más ocurrente y el elegante a la moda, aunque no necesariamente el más sabio y educado; la excesiva cercanía entre contexto material y social de la producción textual y sus contenidos y estilos, es decir, la excesiva injerencia que el “gusto” y la “exigencia” de los lectores ejercían sobre la literatura de salones y álbumes; el permanente afán de cambio y novedad, la moda, que hace imposible cualquier sentido de tradición (“¿Sonetos en el siglo XIX?” dice Isidora, “un romancito, pues, en asonante” contrapone el poeta). Al final, el poeta accede a jugar un juego de salón literario que recuerda otro, del espectro opuesto del mapa literario, el pie forzado de las improvisaciones poéticas populares de las payas: “Mas, si te place, hagamos una cosa./ Dame un asunto tú, no de los grandes/ que pidan alto ingenio, estilo fuerte,/ inspiración fogosa,/ sino sencillo, fácil, en que acierte/ (Bello 1984b: 279).

Isidora propondrá “el amor” y ante el “¡Jesús!” que exclamará el poeta, ella insistirá:

¿Qué es lo que temes?/ ¿Pido yo por ventura que en las aras/ del ciego dios, profano incienso quemes?/ [...] qué tendría la propuesta materia/ de impropia ni de ingrata/ para la cosquillosa fantasía/ de la más zahareña mojigata/ que allí vertida viese alguna seria/ máxima de moral filosofía? (Bello 1984b: 280-281).

“Conque un sermón en verso? Linda cosa/ por cierto para el álbum de una hermosa!” dirá el poeta, a lo cual Isidora, mostrando su verdadera cultura literaria citará de memoria unos versos en el original italiano de la *Jerusalén Libertada* de Torcuato Tasso. Inmediatamente el poeta se declara vencido y copia, a su vez, unos versos del italiano Gherardo Rossi. La escena que cierra el poema completa así este mapa de las preferencias lectoras en el Chile elegante y educado del medio siglo: están por doquier los afrancesados que sólo leen lo nuevo en poesía y novelas, hay también el público católico ultraconservador que mide lo que lee con el bastón siempre a mano de la posible herejía. Por último, se hallan los verdaderamente educados, el poeta e Isidora, que son capaces de distanciarse de estos códigos y jugar con ellos al mismo tiempo que citan textos italianos clásicos.

No está de más recordar que el “Diálogo” fue escrito en el álbum de doña Isidora Zegers (1803-1869), una de las más ilustres *salonieres* del Chile decimonónico y que, tanto álbum como salón literario, representaron en el Chile de mediados del siglo XIX la irrupción transformadora del contexto literario nacional de las mujeres, primero de la elite y luego de los públicos mesocráticos. El autor/la autora de un artículo anónimo de 1859 en *El Comercio* de Valparaíso bajo el título “No es a humo de pajas”, proporcionaba una descripción física del álbum que apuntaba su carácter de superficie cultivable en que quedaba inscrita y se hacía desplegable una cierta forma de subjetivación y de subjetividad:

Album es un libro en blanco con vistosas tapas, del cual no carece, o al menos, según la moda, no debe carecer ninguna niña que tenga pretensiones de pasar por elegante. Pero no basta poseerlo [...]. Es preciso mostrarlo y ...¿cómo si todo él está en blanco? Como un terrenito destinado para el jardín de la señorita. Ya está la tierra abonada y preparada, ya están hechas las secciones en que se ha de plantar cada flor [...]. Para llenar pronto cada una de sus distribuciones, a cada uno de los amigos o visitas de casa pidámosle que consagre un sólo día en obsequio de nuestro querido jardín (Anónimo 1859: 3).

En febrero de 1879, Eduardo Perez describía en su artículo “Las charlas literarias”, la naturaleza de esas reuniones:

[...] esas charlas espirituales i chispeantes en que se lanzan al campo de la conversación [...] en que la chispería del ingenio se entrechoca para crear juegos de colores; en que las improvisaciones salen espontáneas i sin esfuerzo, haciéndonos imaginar por ciertos momentos que el talento es un don, un privilegio que el Creador no ha concedido a todos (Perez 1878: 270).

En dichas charlas, los hombres y las mujeres de la alta sociedad cultural se prodigaban mutuamente sus atenciones, seducían y se dejaban seducir por los “placeres intelectuales” que “son placeres sin rivales”. Se abrían, desplegaban y elaboraban así mutuamente sus intimidades. No es casual entonces que Perez comparase dichos coloquios con los álbumes:

Los pensamientos ingeniosos de estas charlas se asemejan a los que se escriben para los album. Una galantería, una gracia, una chispa. Sin embargo, la literatura de album propiamente hablando es de versos; pero como hai muchos hombres que no versifican, escriben prosa, orlada de poesía (Perez 1878: 270).

Las reuniones tenían lugar en los salones que, como los álbumes que conectaban prosa y poesía, servían de nexo y separación entre un interior privado y un exterior público. A los vastos espacios comunes para la representación de roles entre familia directa, extendida, criados y visitantes, característicos de la antigua casona tradicional, habían sucedido en la casa burguesa una clara separación entre el espacio privado de la familia directa, lo que hoy llamaríamos la sala, por un lado; y el salón que, más amplio, funcionaba como una suerte de bisagra que conectaba aquel espacio puramente privado de la familia patriarcal burguesa con otros elementos sociales que normalmente llamamos amistades, o, más apropiadamente, “relaciones”.⁴ En este ambiente, en que hombres y mujeres desarrollaban una sociabilidad que se quería una isla en el mar de lo político y económico (una figura retórica que había servido ya para justificar múltiples empresas periodísticas y nuevas formas de discurso); y en el cual, según Eduardo Perez, “la moda de los album se ha hecho casi general” (Perez 1878: 270), el

4 Véase Habermas (1989). Paradigmático de esta nueva función social de los salones, es el salón de la casa de don Dámaso Encina en *Martín Rivas*, de Alberto Blest Gana, publicada como folletín en un diario santiaguino en 1862.

álbum funcionaba también como una superficie que ponía en contacto subjetividades genéricamente marcadas, formas discursivas específicas a esos géneros sexuales y espacios sociales públicos y privados.

Bello escribió cerca de una decena de poemas en álbumes en todos los cuales, como en el de doña Isidoro Zegers, aceptó de buen grado participar en el juego social y literario burgués que se le proponía. Pero el concepto burgués de la poesía lírica romántica, que ligaba el texto con la expresión y manifestación de una subjetividad individual, le era tan ajeno como el republicano y novelesco, que en otros autores quiso luego conectar una subjetividad nacional y popular en formación, con historias escritas en el lenguaje más cotidiano de la realidad patria.

En “La Moda”, continuación del diálogo entre el poeta e Isidora, aquella sirve de inspiración que reemplaza a las musas y al Apolo de la lírica clásica:

El arte de agradar yo sola enseño/ Ríete de las Musas y de Apolo/ Si aplaudido un poeta en boga está,/ y ante los ojos de las damas brilla,/ y con el loro, el gato y la perrilla,/ divide los honores del sofá,/ débelo todo a mí, que, cuando tomo/ esta mágica vara, lo más pobre/ hago rico y transmuta el oro en cobre (Bello 1984a: 262-263).

Esta poesía en boga, alimentada por la moda y no por la verdadera inspiración, tiene como lugar no el espacio sacro del libro de poemas sino el burgués del salón y su sofá en que la prosaica materialidad e inadecuación del contexto hacia el arte verdadero es destacado por la presencia simultánea de las mascotas de la casa junto al poeta en el sofá. Su público entonces, constituido por los animales y las mujeres, aparece también, en opinión de Bello, como apropiado tal vez para “el arte de agradar” pero definitivamente fuera de lugar para la verdadera poesía. En estas tres o cuatro líneas, Bello ha resumido algunos de los cambios más notables de la lectoría desde mediados del siglo XIX: la emergencia de las mujeres como público lector que empezaba a determinar la popularidad y circulación de discursos escritos; la multiplicación de los espacios en que esa nueva producción literaria era consumida, desde el libro al periódico, de la academia al salón, del despacho del estudioso al sofá de la sala; el cambio de lugar de la literatura misma que pasa del arte trascendente, destinado a la inmortalidad de lo clásico y atemporal, al arte de agradar aquí y ahora a públicos más amplios. Presente también en estas páginas está la ansie-

dad del representante de una formación cultural elitaria frente a la emergencia de un público proto-masivo y diverso, social y genéricamente. Finalmente, en los próximos versos, Bello agregaría el aspecto que aún faltaba en este panorama:

Y a más de cuatro orates/ coronas di tempranas,/ que, a despecho de críticos embates/ durarán (no lo afirmo) tres semanas,/ Por no cansarte más, yo soy la Moda,/ Oye; y aprenderás mi ciencia toda./ En tres o cuatro lecciones (Bello 1984a: 263).

A la fama fugaz e intrascendente del éxito aquí y ahora se unen entonces la duración del trabajo requerido para dominar el arte de agradar. Por oposición al arte poético clásico, aquí el aprendizaje corre mucho más rápido y produce satisfacciones mucho más inmediatas. La lectura ha dejado de ser intensiva (los clásicos selectos y perennes) y es ahora extensiva (múltiples autores cuya fama dura poco y produce, por tanto, una gran abundancia de textos y su rápida rotación),⁵ la lectura solemne, pública y patriótica, y la lectura solitaria y masculina del estudioso comparten ahora el espacio literario con la declamación burguesa en el ámbito público-privado del salón en donde el público femenino no sólo está presente sino que domina con su gusto. Todos estos cambios dan origen a la sátira de Bello pero sintetizan también las ansiedades que una sensibilidad cultural establecida sentía frente a la multiplicación de los espacios, géneros y sujetos de la textualidad literaria. Por encima de todo, entonces, lo que estaba en juego era un cambio en las jerarquías culturales que, aun dentro de la burguesía, separaban lo alto de lo bajo, lo selecto de lo popular, lo arduo de lo fácil, el capital de unos pocos de los barnices culturales de muchos. Bello, hay que decirlo y como veremos luego, había contribuido

5 Rolf Engelsing ha propuesto considerar, en la historia de la lectura europea, el paso de una forma de lectura intensiva a otra extensiva. Por intensiva entiende Engelsing la lectura reiterada de muy pocos textos religiosos que se leían con gran cuidado, detención y respeto. El modelo para Engelsing es la lectura protestante de la Biblia, pero también podría serlo en la América Latina de la primera mitad del XIX, el uso de los catecismos y libros de oración que habían sido de hecho los primeros best-sellers nacionales. Este tipo de lectura habría predominado en Europa desde la Edad Media hasta fines del siglo XVIII. En ese momento, de acuerdo a Engelsing, se habría producido un cambio en el número de libros y escritos disponibles y, como consecuencia de ello, una transformación de los hábitos y formas de lectura. La lectura extensiva es, en efecto, más rápida y se hace sobre muchos y diferentes textos circulantes en el mercado editorial en desarrollo (Engelsing 1974; Chartier 1994; Darnton 1990).

enormemente a la posibilidad del cambio en la ampliación de la cultura. Ello no obsta para que se creyera obligado a marcar la línea que, a su juicio, debía redibujar la nueva división entre el arte verdadero y su cotidiana distorsión en los salones.

Uno de los rasgos más deplorables de la nueva poesía, según el caraqueño, es su carácter formulaico y predecible. Bello se dedica a resumir la receta generativa:

Hácese de este modo:/ [...] haya sin falta alguna/ en tus poemas luna,/ que esplendorosa o pálida ríele/ [...] Un ay de cuando en cuando es importante/ [...] Es de rigor que llores/ alguna pobre niña arrebatada/ [...] dirás que la difunta era un ángel de amor, era un modelo/ [...] tenga abundante acopio de ensueños tu paleta/ [...] pero lo que en el día/ logra aplauso mayor, es una cosa/ que se suele llamar misantropía/ Huye a la selva umbrosa [...] Todo allí muerte, esplín, hondo fastidio (Bello 1984a: 266-274).

Bello, que había sufrido en carne propia, el ser considerado demasiado conservador en lo poético y cultural no sólo por sus enemigos políticos, sino también por algunos de sus propios discípulos, se reía así de la supuesta originalidad de la poesía romántica a la moda, mostrando como esta lírica, que tan personal y subjetiva les parecía a los incautos lectores y lectoras del día, era, en rigor, el resultado frecuentemente formulaico de una norma mecánicamente aplicada.

Aún más considerable le parecía a Bello la multiplicación de la figura antes tan selecta y reservada del autor, y especialmente de la autora superando ahora, no sólo vallas de género sexual no mucho antes insalvables, sino también vallas de clase y capital cultural:

Pero tan socorrida como ahora [se dirige a la luna]/nunca fuiste. Vigila/ todo autor, todo autora/ que a veces aúlla o canta, o ríe o llora,/ porque la bella luz con que plateas/ el universo, irradie sus ideas, /desde el que hijo mimado de la fama/ ciñe a su frente inmarcesible rama,/ hasta el que dice *veya* por *veía*/ en tosca jerigonza todavía (Bello 1984a: 269; énfasis en el original).

El cambio más importante, sin embargo, para efectos de una consideración histórica de la lectura y sus transformaciones, y por lo tanto de su influencia sobre la producción cultural decimonónica, era el paso de una cultura literaria vehiculada fundamentalmente en libros o a lo sumo en selectos periódicos, a una cultura transmitida en diarios y publicaciones periódicas protomasivas. Rematando la descripción de la fórmula generativa de la poesía a la moda, Bello agregaba:

Tras un cuadro de vívidos colores [...] encaja bellamente una homilía contra la corrupción social; y luego/ [...] llora la servidumbre de la prensa,/ que prohíbe decir lo que se piensa,/y por ninguna hendrija/ permite que respire uno siquiera/ (sábenlo los lectores demasiado),/ [...] Leyendo tan espléndida bambolla,/ habrá mil que suspiren por el día/ en que echés a volar la fantasía/ que tu médula cerebral empolla (Bello 1984a: 271).

Además de los sobretonos de crítica ideológica, pues Bello reclama que incluso la denuncia de la censura y los límites del decir legítimo y admisible no eran más que partes de la fórmula romántica, interesa destacar como pasa de la denuncia romántica del supuesto efecto censorador en la prensa (“y por ninguna hendrija/ permite que respire uno siquiera”) a lo que él considera el efecto menos visible, pero mucho más relevante culturalmente de dicha prensa: miles serán los que leyendo “tan espléndida bambolla” no tendrán realmente ocasión de respirar por el ritmo vertiginoso, al menos para una sensibilidad cultural tradicional, que la prensa protomasiva ha impuesto a la publicación literaria. Lo que se estaba transformando entonces, y ante lo cual reaccionaban el “Diálogo” y “La Moda”, eran los ritmos (ahora más extensivos que intensivos), los objetos (lírica de la subjetividad personal burguesa y no poesía pública y solemne), los vehículos (diarios y periódicos protomasivos en vez de libros y revistas selectas) y los sujetos (hombres y mujeres de múltiples clases sociales y no exclusivamente los hombres de la clase dirigente) de la lectura literaria.

4. Lectura, ciudadanía y moral

Como en muchas otras áreas, Andrés Bello intentó encontrar un justo medio entre, por un lado, admitir y promover las lecturas populares como único mecanismo efectivo de civilizar al pueblo, y, por otro, mantener plenamente controlado el tipo de lecturas que hacía dicho pueblo. Un ejemplo interesante de esta oscilación lo constituye la posición de Bello respecto a la lectura como una de las condiciones para ejercer el derecho ciudadano al voto.

José Joaquín Mora, cuyo destino ya vimos cruzarse con el de Bello en 1829, participó muy activamente en la elaboración de la constitución chilena de 1828 que fue una transacción, de espíritu claramente liberal, entre las demandas del federalismo y el centralismo chilenos (Villalobos et al. 1993: 447; Collier 1977: 299). En esta constitución se amplió el electorado ya no sólo a los propietarios o a los

que tuviesen una determinada renta mínima, sino “a todo el que estuviese enrolado en las milicias, sin estipularse el requisito de saber leer y escribir” (Villalobos et al. 1993: 447).⁶ Bello, por su parte, rápidamente transformado en el letrado de los conservadores chilenos que habían de triunfar en Lircay, participó también de manera directa en la elaboración de la carta fundamental que sucedería a la de 1828, en el año de 1833. En esta última, además de restablecerse instituciones coloniales expresamente abolidas por la constitución del 28, como el mayorazgo, se hizo explícito el requisito de saber leer y escribir, junto a los de una propiedad o un sueldo mínimo para calificar como ciudadano con derecho a voto. Esta diferencia respecto de las condiciones del derecho al sufragio y con él a una democracia debidamente representativa, dicho sea de paso, revela una comprensión diferente de las necesidades políticas de los pueblos hispanoamericanos en general, y chileno en particular. Mientras la constitución de Mora manifiesta una confianza clara en las bondades de una discusión y opinión públicas lo más extendidas posibles, la constitución de 1833 prefiere depender de la fuerza y las bondades de un ejecutivo cuasi-todopoderoso, que en su ciudadana orientación reemplazaría la discusión y el debate con acciones que, se suponía, inspirarían el progreso de la patria.⁷ El rol del letrado en cada uno de estos esquemas es radicalmente diferente. De la figura del activador de la discusión, del agitador y publicista que busca en el medio de la lucha política el apoyo popular, pasamos a la del sabio que educa no sólo a través de sus letradas producciones sino también por medio de su ejemplo personal como autoridad imparcial y distante.

En una disposición transitoria, sin embargo, la constitución de 1833 había pospuesto la efectiva aplicación del requisito de saber leer y escribir para votar hasta 1840. Cuando el plazo se había cumplido, el Senado chileno se dedicó a examinar esta ley de elecciones y, especialmente, la cláusula transitoria que postergaba el requisito. En ese

6 Contrástese con la información que sobre el derecho a voto con anterioridad a 1833 proporciona Germán Urzúa Valenzuela (1992: 83).

7 Por supuesto las formas de manipulación del derecho a voto son múltiples tanto en el caso del acceso no limitado por requisitos de lectoescritura como en el de su explicitación como condición mínima. Sobre esta manipulación en el período portaliano véanse Collier (1977: 322-331), Loveman (1988: 125), y Urzúa Valenzuela (1992: 95).

contexto, Manuel Antonio Tocornal y Andrés Bello se trenzaron en una disputa sobre la correcta interpretación de lo que significaba la entrada en vigencia plena del artículo octavo de la constitución, que era el que requería entre otras cosas el saber leer y escribir para votar, una vez que la disposición transitoria había expirado. Mientras Tocornal sostenía que ello quería simplemente decir que quien no sabía leer ni escribir no podía votar, Andrés Bello insistía en que una interpretación correcta y literal de la constitución significaba que no se podía negar la calidad de votantes en 1840 a quien la había gozado antes y que por lo tanto, el efecto de la ley se extendía a los nuevos votantes pero no a los ya existentes. De esta polémica, en la cual las decisiones legislativas le dieron finalmente la razón a Bello, me interesan aquí dos aspectos: por un lado, el despliegue tanto en Tocornal como en Bello de una práctica de lectura jurídica de los textos involucrados y, por otro, la cuestión de fondo acerca de la conveniencia o inconveniencia de ampliar efectivamente el voto popular a partir de una cierta relación con las condiciones de alfabetización imperantes a la sazón en Chile.

Al nivel de la lectura jurídica tanto Tocornal como Bello insisten en separar ésta, la lectura propiamente literal y legal de las leyes del análisis, de las consideraciones de conveniencia o utilidad que puedan afectar la primera. Sobre la interpretación literal de la relación entre la cláusula transitoria y el artículo ocho de la constitución de 1833, que requiere el saber leer y escribir para votar, Tocornal y Bello difieren radicalmente. Dejando de lado los detalles, se puede afirmar que mientras el primero sostiene que

si no existe el artículo transitorio desde que expiró el año de 1840 ¿qué derecho tienen adquirido los que no saben leer y escribir cuando la ley les manda calificarse [inscribirse en el libro de electores de la municipalidad cada tres años], y cuando esa calificación es precedida del examen ya dicho? (Tocornal 1984: 135);

Bello contraataca argumentando:

[E]stá claro que el artículo 8 no hace más que variar los modos anteriores de adquirir la ciudadanía activa. No puede ya adquirirse este carácter por los medios anteriores, porque la nueva Constitución los ha derogado en su preámbulo; pero los ha derogado *para lo venidero, y no ha destruido los efectos producidos* bajo el imperio de otras leyes. En otros términos, la calidad de saber leer y escribir, necesaria ya para adquirir la ciudadanía, no lo es para conservarla (Bello 1984i: 143).

Al nivel de las consideraciones que, además, se pueden hacer a estas dos lecturas radicalmente opuestas, Tocornal y Bello difieren todavía más. Tocornal presenta, primero, un Chile homogéneo, feliz y sin tensiones de clase y luego, sin darse cuenta, se contradice claramente:

En una nación organizada de un modo tan compacto, sin ilotas políticos ni clases privilegiadas, no se hace sentir la necesidad de generalizar el derecho a sufragio. [...] ¿Qué diferencia existe, por ejemplo, entre los [intereses] del hacendado opulento y los del labrador infeliz [...]? Ninguna; y por lo mismo no vemos el motivo racional para extender el derecho de sufragio a las clases que en el día carecen de él. La ley vigente sólo excluye a los que con toda propiedad pueden llamarse *proletarios*; y ni deben, los que profesan principios liberales, desear que se confiera tan precioso derecho a quienes serían incapaces de ejercerlo con acierto e independencia; ni a los que están por los principios contrarios [...] les conviene poner en manos de la parte ínfima del pueblo unas armas cuyo valor no tardarían en conocer, y que, cuando las supiese manejar, sería imposible arrancarle (Tocornal 1984: 130).

En su respuesta, Bello alude a la constitución de 1823 que había originalmente decidido limitar el sufragio, entre otras condiciones, a quienes supiesen leer y escribir para inmediatamente posponer la vigencia de este artículo con uno transitorio que, por un período de transición, permitía votar sin ese requisito, y recuerda lo que disponen la constitución de 1828 (que se deshace totalmente del requisito) y la de 1833 (que lo reconoce pero pospone):

En todas tres constituciones se reconoce claramente que la restricción del derecho de sufragio es un mal grave [...]. Pasar súbitamente de un sistema a otro diverso; transferir el ejercicio inmediato de la soberanía a la mitad, tal vez a una fracción más pequeña, del número de individuos que la han administrado hasta ahora, es una innovación de mucha trascendencia, una verdadera revolución, y no en el sentido de la libertad popular. [...] ¿no es de creer que los autores de una y otra Constitución se propusieron ver realizada su idea, no por medio de un desnivel violento, sino por un reemplazo progresivo, que merced a los dos grandes principios de regeneración social, la instrucción del pueblo y la muerte, hiciese casi imperceptible la transición? (Bello 1984i: 149).

Aunque Bello y Tocornal difieren en su respeto por la idea de soberanía popular, ambos coinciden en conectar el razonado ejercicio de la ciudadanía con las bondades civilizatorias de la lectura y la escritura. Tocornal señala, por ejemplo:

Sin educación, ni en la Francia ni en Chile, pueden llegar las masas a ejercer dignamente el derecho de sufragio. Venga pues cuanto antes esta segunda creadora de los hombres a habilitar a los que ahora abusarían del

sufragio; presénteles en una misma copa la moral pura y la instrucción verdadera... (Tocornal 1984: 130).

Aún en 1854, doce años después de esta polémica, y todavía con un 86,5% de la población en calidad de iletrada (Mamalakis 1980: 142), las consecuencias de una interpretación estricta y de efectos inmediatos de esa conexión lectoescritura/moral ciudadana eran severas para casi todo el pueblo chileno.

Bello, ya lo sabemos, descreía de las revoluciones y confiaba plenamente en los tiempos medios y largos de la historia. Él siempre había sido un hombre de transición, entre la Ilustración y la modernidad postindependentista, entre las formas propias de la lectura neohumanista y los ritmos más rápidos y expansivos de la lectura en la época de las democracias protomasivas y representativas. De manera consecuente, entonces, desarrolló también un ideario respecto a la educación popular como principio de regeneración social y la función que le cupiere a la lectura en tal diseño.

5. Lectura y educación del Pueblo

En diciembre de 1831, Bello publicó en *El Araucano* un artículo sobre “Escuelas dominicales y de adultos”. Describía allí los esfuerzos que por la educación de los pobres se hacían en Inglaterra. Comparaba las escuelas de Bell y Lancaster (o de enseñanza mutua para niños pobres) con las *sunday schools* (que educaban a quienes trabajaban durante la semana). De este artículo cito largamente:

La ruina y la perdición de los españoles de ambos mundos ha sido y es la ociosidad en que el gobierno ha tenido a las clases bien acomodadas. A falta de objeto de interés, la juventud se entrega al más desenfrenado galanteo, en tanto que las gentes de edad madura, o no saben qué hacerse, o pasan el día visitando altares: obra muy buena a su tiempo, pero que sería mucho más agradable a Dios, si fuese acompañada de obras de caridad verdadera. El que da limosna al mendigo, tal vez contribuye a la ociosidad y al vicio. Pero el que da luz al entendimiento embrutecido, humaniza a sus semejantes, y los prepara a ser virtuosos. La menor instrucción alcanza a producir los efectos más benéficos. A la verdad, más fuerza moral, proporcionalmente, tienen los primeros rudimentos de la educación intelectual, que la acumulación de ciencia que constituye a un sabio (Bello 1984e: 617).

La cita es clave por la forma en que Bello, casi subrepticamente, pasa de la ignorancia de la clase acomodada a los problemas educativos de

los más pobres, conectando estos sujetos a través de un tercero que aparece casi de soslayo al final. No hay poca osadía en un intelectual extranjero que a menos de dos años de su arribo a Chile arremete contra la clase acomodada, en especial contra la devoción fanática y la vida social juvenil como formas de ignorancia, y propone luego educar también a los pobres. En efecto, Bello sostiene implícitamente, que sólo el sabio puede verdaderamente educar y “humanizar” a todos sus semejantes, tanto a los pudientes como a los proletarios. A través de este vínculo, Bello desarrollaría repetidas veces su visión de lo que la sociedad chilena requería en materia educacional.

Respecto de las clases populares, Bello fue siempre un constante defensor de la necesidad cívica y social de educarlas. Ya vimos cómo un sistema de representación democrática involucraba, idealmente, un electorado educado. La necesidad social, por otro lado, era doble y respondía tanto a los argumentos liberales como a los conservadores en relación con la educación popular. Se trataba simultáneamente de dar poder y de controlar las acciones de las clases populares:

La educación de las facultades intelectuales no debe mirarse sólo como un medio de adquirir saber. Si no tuviese otro efecto que el de aumentar el número de ideas, de poco serviría, por lo general, a las clases inferiores de la sociedad, y en muchos casos no contribuiría a otra cosa que hacerlos más infelices o más dañinos (Bello 1984e: 618).

Bello hacía así una concesión al argumento conservador respecto del “peligro” de alimentar las esperanzas de movilidad social entre los trabajadores. La educación, se decía con frecuencia, crea expectativas y demandas que la condición de los pobres y el orden social imperante no pueden satisfacer y que, por lo tanto, sólo sirven para crear inestabilidad e intranquilidad en la sociedad. No obstante, Bello proponía la lectura como una forma específica de educación:

El grande objeto con que nos debemos empeñar en comunicar el arte fácil y admirable de la lectura a las clases pobres, es excitar en ellas un *estímulo* (uso esta voz en sentido semejante al que le dan los médicos) que los saque de una vida enteramente animal y los haga percibir la existencia de otros placeres que los que no salen de la esfera de las sensaciones (Bello 1984e: 618).

La lectura, entonces, hacía a los pobres más dignos, predecibles y gobernables por la vía de su “humanización”:

Si un mero juego, como es el de las damas, embelesa a los hombres más ignorantes que llegan a entenderlo, sólo porque la atención se fija agradablemente en las combinaciones de las piezas, mucho más debe esperarse que un libro embebezca al pobre trabajador, si halla en él pábulo a su curiosidad, acompañado del descanso que produce toda ocupación sedentaria y divertida (Bello 1984e: 618).

Esta combinatoria del espíritu hacía efectivamente más calculables y predecibles las almas y las conductas de los trabajadores. El ennoblecimiento del alma era la contracara productiva de la conquista de los cuerpos e instintos rebeldes. Bello incorporaba así muchas de las quejas más frecuentes desde un punto de vista conservador –respecto de la supuesta conducta irresponsable de los pobres que se tomaban largos días libres en medio de borracheras y juegos en chinganas y pulperías–, las unía a los reclamos liberales respecto de la necesidad de extender la educación para democratizar efectivamente la sociedad, y, a través de la gubernamentalidad, tornaba a ambos en la manifestación de una misión civilizatoria encaminada a aumentar la gobernabilidad y el orden de lo social, al hacer a los sujetos que lo componían calculables y administrables en un orden estatal efectivo. Leer y humanizar son aquí, entonces, en tanto tecnologías para la formación de sujetos, dos verbos claves del proyecto de la gubernamentalidad.⁸

En 1836 en “Sobre los medios de la educación y los medios para difundirla”, Bello conectaba la idea general de la humanización que la educación proporcionaba con la más específica del aumento de la productividad de los sujetos:

[S]ería conveniente que el hombre no se dedicase a ellas [las labores productivas] hasta después de cierta edad, hasta que se hubiesen desarrollado completamente sus facultades; porque el hombre, como todos los animales, no puede producir toda la utilidad de que es capaz, si una aplicación prematura al trabajo no le deja adquirir el vigor y la madurez que se necesitan en él (Bello 1984f: 660).

Cabe destacar que, como solía hacerlo, Bello ha decidido aquí encarar el asunto de la extensión de la educación y, por lo tanto de los tipos de educación, desde el ángulo práctico y específico de su in/conveniencia relativa. Y aunque Bello hablará de la educación del corazón, que en su opinión sólo se lograba en el ámbito preescolar de la infancia en la familia, y del espíritu crítico e independiente que la educación, en

8 Sobre este concepto foucaultiano y su aplicación al siglo XIX latinoamericano, véase Poblete (2002), y González-Stephan (1994).

general, podía proporcionar, su fe en aquella conveniencia radica centralmente, al menos al nivel de su argumentación, en el aumento de la productividad y de la predictabilidad que este proceso de humanización produce en los sujetos.

[S]i esta época preciosa de la vida en que todavía es improductivo el brazo del hombre, se emplea en ilustrar su entendimiento, en refrenar sus pasiones, y en inspirarle el amor a la ocupación y el hábito de las virtudes, se harán incomparablemente más útiles a la sociedad y a él mismo las ocupaciones que le procuren después lo necesario para su subsistencia (Bello 1984f: 660-661).

Y un poco más adelante:

El círculo de conocimientos que se adquieren en estas escuelas erigidas para las clases menesterosas, no debe tener más extensión que la que exigen las necesidades de ellas: lo demás no sólo sería inútil, sino hasta perjudicial, porque, además de no proporcionarse ideas que fuesen de un provecho conocido en el curso de la vida, se alejaría a la juventud demasiado de los trabajos productivos (Bello 1984f: 663).

En este contexto, el de la educación elemental, la lectura tenía tres funciones: era un instrumento de relación con los otros en sociedad (que extendía el alcance de la palabra hablada); era también, una extensión de la memoria como forma de conservar y administrar información útil en los negocios; y, finalmente, podía ser una tecnología que controlara el cuerpo y las pasiones por la vía del uso alternativo del tiempo libre. Más allá de conocer los principios de la religión y la moral, y de saber leer y escribir, ciertas nociones de astronomía, geografía y de historia aprendidas a través de la práctica de la lectura significaban, como mecánicas para la administración del tiempo, de los recursos y del cuerpo, una inversión social altamente productiva:

Aun cuando estas reducidas nociones no hagan más que excitar la curiosidad e infundir para satisfacerla la afición a la lectura, se habrá hecho un bien positivo a la población. ¡Cuántas horas perniciosamente sacrificadas a los vicios o perdidas en el ocio serán empleadas en un útil recreo! (Bello 1984f: 665).

Y al final del texto, concluía aún más enfáticamente:

Difícil es que el que deja pasar este período hermoso de la vida sumergido en el abandono, el que no aprende desde niño, a sojuzgar la natural inclinación al ocio, el que no ha creado la necesidad de emplear algunas horas del día, pueda después mirar sin horror el trabajo y no prefiera la miseria al logro de un desahogo y de unas comodidades que juzga demasiado caras si las compra con el sudor de su frente. Con seres de esta es-

pecie, ¿habrá moral, habrá riqueza, habrá prosperidad? (Bello 1984f: 667).

La lectura era, después de todo, una de las actividades fundantes y legitimadoras de la voz del sabio americano capaz de humanizar tanto a las clases poderosas como a las menesterosas. Para ello había que formar a los profesores y, simultáneamente, crear, es decir traducir y adaptar de sus originales europeos, los libros elementales en los que, con la ayuda de esos profesores recién formados, leerían los chilenos su incorporación a la patria productiva.

[A]un en los ramos de más universal aplicación nos engañaríamos si creyésemos que se tratará solamente de traducir. En ninguna clase de escritos, es más indispensable el aire, el traje, el acento, por decirlo así, de cada país, que en los de instrucción popular. No basta trasladarlos de lengua en lengua, sino de latitud y de pueblo a pueblo (Bello 1984h: 696).

De este modo, en la conjunción de prácticas de lectura y escritura, en la defensa de una lectura activa que hacía posible, bajo ciertas circunstancias históricas, una autoría nacional, Bello había sabiamente ejemplificado una de las funciones históricas más destacadas del intelectual continental de la época.⁹

6. Conclusión

La vida de Andrés Bello puede ser enmarcada a partir de dos escenas de lectura en la clásica *Vida de Don Andrés Bello* de Miguel Luis Amunátegui:

Don Andrés Bello era hombre que tenía la pasión de la lectura. Leía a todas horas i como podía. Recuerdo haber visto con extrañeza que se entregaba a la lectura apenas concluía de comer (Amunátegui 1962: 269).

9 Para comprender mejor la especificidad de la posición de Bello sobre el rol civilizatorio de la lectura en relación con los públicos masivos, es útil el contraste con la posición contemporánea de Domingo Faustino Sarmiento. Sobre este último, véase Poblete (2003).

Ya cercano a su muerte, continúa Amunátegui:

Bello fue atacado por una bronquitis, la cual trajo fiebre. Habiendo el ilustre enfermo experimentado un delirio tranquilo, se figuraba percibir en las paredes del cuarto i en las cortinas de la cama, los versos de La Iliada y de La Eneida. Lo que le mortificaba era que frecuentemente los veía medio borrados i no podía descifrarlos. De cuando en cuando murmuraba frases entrecortadas referentes a sus diversas obras (Amunátegui 1962: 458).

Las dos escenas enmarcan el empeño bellista por aprovechar y descifrar activamente todo cuanto leía, especialmente sus clásicos grecolatinos, españoles y los autores modernos ingleses que tanto le interesaban. Destaca, asimismo, la estrecha conexión que en la producción intelectual de Bello existía entre sus múltiples lecturas y su cuantiosa obra. La figura de la digestión a la que alude Amunátegui, en tanto apropiación y transformación de lo digerido, permite, de hecho, comprender muy bien el alcance de esa relación. Andrés Bello fue un maestro en el delicado arte de hacer suyos, adaptando, combinando, seleccionando y comentando, los escritos de otros. Buena parte de su extraordinaria y original contribución al desarrollo de la lectura y de la esfera pública de las letras en Chile y en el continente calza muy bien con esta descripción.

La vasta labor periodística de Andrés Bello, desde los tiempos de *La Gaceta* de Caracas y el proyecto fallido de *El Lucero* hasta su largo trabajo editorial a cargo de *El Araucano*, pasando por sus contribuciones a la *Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826), es, en efecto, el espacio en donde tal vez más eficazmente se desplegó su característica fusión de la labor lectora y escritural. Esta producción, a menudo el análisis de otro texto o la generación de un “digest” y comentario, fue, muy consistentemente, una fuerte indicación del esfuerzo múltiple de Bello por establecer una lectura desapasionada, es decir, meditada, razonable y apartada de toda limitación contingente —excepto de aquéllas que la utilidad para los americanos, vistas tanto en sus condiciones reales de existencia como en un plazo más mediato— señalaban para el progreso de la civilización. En el ámbito periodístico, esta lectura desapasionada representa en Bello un intento de mediación entre las lecturas selectas, difíciles y largas, de sus publicaciones favoritas como el *Edinburgh Review* (Velleman 1995: 36) —en donde el avance científico y social en todos los campos

del saber se manifiesta en artículos que, aunque publicados en un periódico, normalmente sin fines de lucro o subvencionado, se escriben para desarrollar largamente un argumento o comunicar latamente un avance— y las lecturas de la cotidianidad protomasiva que a partir de mediados del siglo XIX habían de dominar en el contexto chileno. Estas últimas incluían tanto las lecturas políticas de la actualidad nacional, como los folletines chilenos o extranjeros, católicos o liberales, y señalaban una textualidad mucho más apegada al cuerpo y a la materialidad, a los ritmos y exigencias de la vida diaria y a los intereses de públicos diversos que, a través de su consumo en un mercado amplio de bienes discursivos, demandaban, apoyaban o rechazaban las propuestas escriturarias de los cada vez más numerosos autores y periodistas. En efecto, si bien es cierto que hay algunas diferencias de énfasis y, sobre todo, de contexto en los diferentes momentos de la labor periodística de Bello, también es verdad que, más allá de esas circunstancias, su periodismo se caracteriza por un profesionalismo definido por la imagen de su lector modelo. Bello no escribe directamente para los que se dejan llevar por las modas, los instintos o el simple placer, no escribe para quienes quieren leer rápida y fácilmente, no escribe para la gran mayoría de los nuevos lectores. Él escribe para ese lector educado y paciente que puede aceptar la propuesta intermedia del difusor o adaptador americano. Para ese lector lee/escribe el autor bellista que se ha constituido a sí mismo en productor tanto por la originalidad de su pensamiento cuanto a partir de su propio ejercicio de lectura selectiva y adaptadora de los textos europeos a las condiciones americanas. Entre la Ilustración y su difusión iluminante y el periodismo protomasivo de la segunda mitad del siglo XIX, Bello dibujó así, con gran estilo y consistencia, su apuesta por un periodismo de densidad apropiada a las condiciones americanas de sus educados lectores. Al mismo tiempo fue un temprano defensor de la necesidad de extender la alfabetización y de promover las lecturas populares como forma de civilizar y controlar al pueblo.

Bibliografía

- Amunátegui, Miguel Luis ([1882] 1962): *Vida de Don Andrés Bello*. Santiago de Chile: Publicaciones de la Embajada de Venezuela en Chile.
- (1888): *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Anónimo (1859): “No es a humo de pajas”. En: *El Comercio* (08.09.1859), 244, p. 3.
- Bello, Andrés (1982): “Documentos de la polémica de 1830”. En: *Mora y Bello en Chile, 1829-1831*. Ed. de Alamiro de Avila Martel. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, pp. 112-197.
- (²1984a): “La Moda”. En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. I: *Poesías*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 259-276.
- (²1984b): “Diálogo entre la amable Isidora y un poeta del siglo pasado”. En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. I: *Poesías*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 277-281.
- (²1984c): “Derechos de autores”. En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. XVIII: *Temas Jurídicos y Sociales*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 707-717.
- (²1984d): “Memoria correspondiente al curso de la Instrucción Pública en el quinquenio 1844-1848”. En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. XXI: *Temas Educativos I*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 28-81.
- (²1984e): “Escuelas dominicales y de adultos”. En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. XXII: *Temas Educativos II*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 615-619.
- (²1984f): “Sobre los fines de la educación y los medios para difundirla”. En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. XXII: *Temas Educativos II*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 657-667.
- (²1984g): “Sobre el comercio de libros”. En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. XXII: *Temas Educativos II*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 667-671.
- (²1984h): “Sociedad parisiense de enseñanza elemental (sic)”. En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. XXII: *Temas Educativos II*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 689-699.
- (²1984i): “Contestación”. En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. XVIII: *Temas Jurídicos y Sociales*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 138-149.
- Cánepa, Gina (1988): “Folletines históricos del Chile independiente y su articulación con la novela naturalista”. En: *Hispanamérica*, 50, pp. 23-34.
- Chartier, Roger (1994): *The Order of Books*. Stanford: Stanford University Press.
- Collier, Simon (1977): *Ideas y Política de la Independencia Chilena*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Darnton, Robert (1990): *The Kiss of Lamourette: Reflections on Cultural History*. London: Faber and Faber.
- Engelsing, Rolf (1974): *Der Bürger als Leser: Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800*. Stuttgart: Metzler.

- González-Stephan, Beatriz (1994): "Escritura y modernización: la domesticación de la barbarie". En: *Revista Iberoamericana*, 166-167, pp. 109-124.
- Habermas, Jürgen (1989): *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Life*. Cambridge: The MIT Press.
- Lastarria, José Victorino (1967): *Recuerdos Literarios*. Santiago de Chile: Zig-Zag.
- Loveman, Brian (1988): *Chile. The Legacy of Hispanic Capitalism*. New York: Oxford University Press.
- Mamalakis, Markos J. (1980): *Historical Statistics of Chile II: Demography and Labor Force*. Westport: Greenwood Press.
- Perez, Eduardo (1878): "Las Charlas literarias". En: *La Revista Literaria*, Tomo I, pp. 270-271.
- Poblete, Juan (2002): "Governmentality and the Social Question". En: Trigo, Benigno (ed.): *Foucault and Latin America*. London/New York: Routledge, pp. 137-151.
- (2003): *Literatura Chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autorales*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1887-1900): *Obras Completas*. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor.
- Subercaseaux, Bernardo (1993): *Historia del libro en Chile (cuerpo y alma)*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Tocornal, Manuel Antonio (²1984): "Reforma del reglamento de elecciones". En: *Obras Completas de Andrés Bello*. T. XVIII: *Temas Jurídicos y Sociales*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, pp. 128-138.
- Urzúa Valenzuela, Germán (1992): *Historia política de Chile y su evolución electoral (desde 1810 a 1992)*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile.
- Velleman, Barry L. (1995): *Andrés Bello y sus libros*. Caracas: La Casa de Bello.
- Villalobos, Sergio et al. (1993): *Historia de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.